

Se escarapela el teflón de Uribe

La oposición al presidente Uribe ha crecido en número y variedad. Desde la tradicional del Polo hasta una misma uribista, que se siente incómoda con un segundo zarpazo a la Constitución del 91 para su reelección y en cierta medida cansada de tanto Uribe desde que amanece hasta que anochece. Parecería resonar la predicción popular: "es bueno el cilantro pero no tanto".

La tesis de que si un gobernante es bueno debe repetir hasta que se canse viene de la desidia política, de la impotencia de liderazgo y de la incapacidad de gobernar. Cuando hay un gobernante bueno se esperan por lo menos diez nuevos que lo reten con su demostrable capacidad de desarrollar un gobierno superior al del primero. Ese es el camino del desarrollo. Sin embargo, en Colombia estamos acostumbrados a caminar como el cangrejo, al son de esta destructiva frase de que más vale malo conocido que bueno por conocer. Mientras más se haga conocer un gobernante, más nos apegamos a él. Es como una maldición de la que no podemos deshacernos.

Nos quejamos de cada gobernante porque es malo, pero eso es lo que queremos y elegimos siempre. Conscientemente lo hacemos. Hubo indicaciones en el primer gobierno del presidente Uribe de que había cierta desconfianza internacional hacia su persona y su gobierno, aún desde los Estados Unidos; de que la Seguridad Democrática en uno ni en cuatro años había acabado con las Farc, y eso quería decir que iba a caer en insuficiencias de presupuesto y crecientes demandas militares mientras las Farc se acomodaban, sin mayor costo, a una indefinida guerra prolongada.

Hubo indicaciones de que la inversión social no era ninguna prioridad y la guerra continuaba aumentando los desplazados, los desempleados y una miseria cruel y contraproducente que se propagaba por Colombia.

De que todas las exageradas ventajas dadas a los inversionistas golpeaban a varios sectores de la industria nacional, al tiempo que el Gobierno se desarmaba contra la crisis financiera mundial. Era desde ya predecible el aumento del déficit del Gobierno y del público.

De que había una extrema rigidez en todo lo relacionado con las Farc, pero una laxitud con los paramilitares, lo que indicaba que su rearme y delincuencia estaban por venir. Hubo también indicaciones de relaciones inaceptables entre miembros del Gobierno y el paramilitarismo, lo que podría degenerar en crímenes de Estado y fortalecimiento de la corrupción. Los 'falsos positivos' y la 'parapolítica' no se hicieron esperar en el segundo gobierno del presidente Uribe.

Lo malo estaba ahí, pero la mayoría de los colombianos se quedó callada, incluso encubrió con discursos ideológicos anticomunistas una realidad bastante nociva para Colombia, que nada tenía que ver con comunismo ni anticomunismo, sino a los cuatro vientos con negados 'des-manejos' de la seguridad, la economía y la política.

Se necesitaba una corrección de dirección y un nuevo enfoque. Existían, como existen hoy, las alternativas y quienes están dispuestos a desarrollarlas, pero la mayoría de los colombianos decidieron lo de siempre, preferir malo por conocido que bueno por conocer. Hemos llegado a una situación compleja y delicada que, de no ser enrumbada, las perspectivas para Colombia en el marco de la política mundial y la economía actual están prácticamente debilitadas.

El presidente Uribe continúa respondiendo con garbo todas las críticas que le hacen, pero eso no resuelve ninguna situación, por el contrario, prolonga su encubrimiento y la necesidad de conocerla a fondo para darle las respuestas respectivas. El Presidente repite sin saciedad todos los grandes logros de su gobierno, pero es que nadie está quejándose de sus logros, de lo que estamos preocupados es de los problemas.

Lastimosamente, la actividad del Presidente es la de alguien que tiene la misión de publicitar constantemente todos sus logros y autodeclararse correcto a toda prueba. Está comprobado que al Presidente no lo distrae nadie ni nada de su eterna campaña electoral. Si este segundo gobierno ha sido muy complicado, del tercero no queda duda. Peor, cuando su teflón se sigue adelgazando.

José María Rodríguez González